3406

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

¡DIGA EL MUNDO LO QUE QUIERA!

ESTUDIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN JOSÉ CHAZARRI

23

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

¡DIGA EL MUNDO LO QUE QUIERA!

¡DIGA EL MUNDO LO QUE QUIERA!

ESTUDIO

EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

JUAN JOSÉ CHAZARRI

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES
el día 30 de Noviembre de 1885

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	Sra. Domínguez.
ENRIQUETA	Srta. Guillén.
DOLORES, niña de 5 años	» Aquino.
EDUARDO	Sres. Cachet.
ROMÁN	» Osuna.

La acción en Sevilla.—Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR

D. EDUARDO PÉREZ CACHET

Hijo es este modestísimo trabajo del estudio, y á usted llega en demanda de *Padrino*, buscando el *agua* de su *estreno*. Débil y pobre ha nacido como el ingénio de su *Padre*, pero si usted le *bautiza*, con su fe, su constancia y su talento, tengo por cosa segura que, combatida la anémia, el engendro adquirirá la vida que le falta.

JUAN JOSÉ CHAZARRI.

P. D. Con verdadero cariño ha dirigido usted los ensayos de este modesto estudio, señor Cachet.

Los aplausos que el público le ha prodigado, débense á la esmeradísima interpretación de mis compañeros; dé usted gracias en mi nombre á la señora Domínguez, á la señorita Guillén y al señor Osuna: bese muchas veces, por mí, á la niña Aquino, que ha estado tan monísima como inimitable en el desempeño de su papel, y crea usted firmemente que no encuentro palabras con que darle gracias por la perfectísima ejecución del Eduardo de «Diga el mundo lo que quiera.»

Diga lo que quiera el mundo, y una usted á los muchos aplausos que ha recibido uno que nace del alma de

EL AUTOR.

ACTO ÚNICO

Decoración modesta, pero no blanca, reducidísima, al extremo de que el telón del foro debe ocupar la primera caja de bastidores, y las dos puertas laterales han de formar chaflanes apoyando sus primeros términos en los bastidores de embocadura: ventana al foro, con tiestos de flores: la puerta de la derecha es la entrada de la calle; la de la izquierda, comunica al interior de la casa. Muebles muy modestos, pero muy limpios. En el foro derecha, cómoda, sobre la que habrá un cuadro pequeño que represente la Virgen de los Dolores, alumbrado por una lamparilla. En el foro izquierda, velador con mantel, botellas y vaso, y copa, platos, cubierto, etc., etc. Telón de calle detrás de la ventana del foro. La acción empieza á las once y media de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, acabando de arreglar el velador, que está servido.

MERC. Creo que está todo listo...
justo... no me falta nada...
los platos... el pan .. el vino...
copa y botella con agua...
que al llegar lo encuentre todo
como le gusta... y sin faltas,
pues todo se lo merece
el hijo de mis entrañas!

ESCENA II.

MERCEDES y DOLORES, que trae una cajita con pañuelo bordado.

DOL. Y me entré... no me ha sentido.
La asustaré, por supuesto.
(Se agacha y tira del vestido á Mercedes.)
MERC. Demonio!... Señor, qué es esto?
DOL. Que aquí estoy porque he venido.
MERC. Vaya un susto, San Antonio!
DOL. Pase del susto la racha.
Soy yo.
MERC. Sí, que eres, muchacha,
el mismísimo demonio.
DOL. Un beso!
MERC. Y que no es rehacio;
y dos y tres... con excesos!
DOL. Bueno, basta ya de besos
y vamos á hablar despacio.
MERC. Despacio nosotras?
DOL. Sí.
MERC. Será la cosa importante! (Burlándose.)
DOL. Vaya!... pues lo es, y bastante.
MERC. Bien, hablemos.
DOL. Traigo aquí (Por el pañuelo.)
algo que mucho interesa!
MERC. A ver.
DOL. Quieta!
MERC. Que te riño!
Qué traes?
DOL. (Con entonación cómica.)
Prueba de cariño
á Eduardo.
MERC. Sí?
DOL. Gran sorpresa!
MERC. Un imperio, Lola, vales!
DOL. (Sacando el pañuelo.)
Aquí está: se ha presentado:
todo en seda está bordado
y lleva dos iniciales!
MERC. Dos E. E. Vamos, ya adivino.

Se unen en dicha completa...

DOL. Mi hermana, que es Enriqueta,
con Eduardo, mi padrino.

MERC. Pero muchacha, tú sabes?...

DOL. Que se casan? Bobería!
Vaya, las niñas de hoy día
sabemos cosas más graves!
No le asuste la noticia,
pues del mundo en el enredo,
al crecer el cuerpo un dedo
crece cuatro la malicia;
yo soy un ejemplo hecho
de lo que mi voz confiesa...
No llego en cuerpo á la mesa,
pero en picarilla, al techo!

MERC. Vamos, calla.

DOL. Se incomoda?

MERC. No me incomodo.

DOL. En mi anhelo,
yo traigo aquí este pañuelo
como regalo de boda.
Y pues nadie lo recela
quiero yo, sin que haya riña,
que pues lo bordó la niña,
á ellos lo entregue la abuela!

MERC. Dalo tú.

DOL. No hay quien me venza
á hacer eso! Usted... no hay más.

MERC. Más tú, por qué no lo das?

DOL. Porque me causa vergüenza!

MERC. Por qué tan corta este día?
Vamos, tu respuesta aguardo.
Pues no quieres á mi Eduardo?

DOL. Como á un padre, madre mía!

MERC. Mucho?

DOL. Justo es que confiese.
Con cariño que ha crecido!
Cómo no? Si no he tenido
otro padre que me bese!
Y á más, en ventura ufana,
que de esto también entiendo,
va á ser su marido, siendo

el amparo de mi hermana.

MERC. Hija mía... ven aquí...
Comprendo cuando lo pienso
el cariño tan inmenso
que Eduardo siente por tí.
En sus dichas ó en sus penas,
más te ama, aunque no nos cuadre,
que á su novia, que á su madre
y á la sangre de sus venas.
En el mundo eres su edén!
Su delicia!... Su sosiego!
Sí, hija sí, te adora ciego
y yo te adoro también,
que eres Lola, á no dudar,
ángel puro en nuestra historia,
desprendido de la gloria
y caido en nuestro hogar!

DOL. Vamos, no tanto, no tanto.

MERC. Hija...

DOL. Es una tontería!
Ea, vaya... Vaya, alegría
y á ver si se seca el llanto.

MERC. Deja el llanto que me anega
y que mi dolor contiene.

DOL. Yo no quiero que usted pene...
Chito! Que mi hermana llega.
Conque basta de arrechucho!

ESCENA III.

DICHAS.—ENRIQUETA, que viene vestida como indica el diálogo.

ENR. Qué haces aquí? En pleno ocio?

DOL. (Con intención.)
Pues he venido á un negocio
que me interesaba mucho!
Y ahora no he de detenerme:
me marcho.

ENR. Pero, qué es esto?

DOL. Que pues que tú te has compuesto

también voy á componerme!

ENR. Chica!

DOL. No, no escucho nada,
ni me detengo un momento:
no estar ya compuesta siento;
la ropa está?

ENR. Preparada.

DOL. Pues allá voy con anhelo!
Paso franco á una chiquita
que se va á poner bonita
desde los piés hasta el pelo! (Sale corriendo.)

MERC. Adios, la grave persona
que me asusta, si se agacha.

ENR. Es muy mala esa muchacha.

MERC. Es muy lista y es muy mona!

ENR. Usted; siempre trabajando!

MERC. (Enriqueta pasa quedando á la derecha.)
Hija, qué quieres que haga?
La que vive del trabajo,
la que no tiene criada,
lo ha de hacer todo ella sola.

ENR. Es verdad.

MERC. Y ensancha el alma,
trabajar, si por un hijo
como Eduardo, se trabaja!

ENR. Le quiere usted mucho?

MERC. Mucho!
(Después de mirarla y con mucha intención, pero con cariño.)
Más que tú!

ENR. (Muy rápido y con mucho interés.)
No, madre!

MERC. Calla!...
Cuando tú tengas un hijo...

ENR. (Expresando en la exclamación temor, vergüenza y sentimiento.)
(Oh!)

MERC. (Sin notar nada, y siguiendo sin pausa el verso anterior.)
Me lo dirás, muchacha.
(Reparando en el tocado de Enriqueta.)
Hola, compuesta te veo!

ENR. (Con gran naturalidad y sencillez.)
Me levanté con el alba!

MERC. Vaya, y pensando en los dichos
que al anochecer, sin falta,
te has de tomar con Eduardo,
que es tu novio...

ENR. (Con mucho fuego.)
Que es mi alma!

MERC. Te has puesto muy coquetilla
y muy linda.

ENR. (Con mucha modestia.)
Vaya en gracia!
Está usted hoy!...

MERC. (Con mucho cariño y cogiéndola de las manos.)
Como siempre!
Ven que te mire á mis anchas.
Sortijillas hecho el pelo!

ENR. (Rápido y con mucha naturalidad.)
Pues ahi la mano no anda;
esas se hacen ellas solas:
que apenas un poco de agua
me pongo, madre, en el pelo
y el peine la desparrama,
riza la naturaleza
mis trenzas...

MERC. (Por el color muy rubio del cabello de Enriqueta.)
De oro cuajadas.
Sigamos viendo.

ENR. Por Dios!

MCER. Bata de percal, muy clara.

ENR. No quiero que oscuro sea
el porvenir que me aguarda!

MERC. Hija, el que te espera á tí
será de risas.

ENR. (O lágrimas!)

MERC. Sigamos, sigamos viendo...

ENR. No siga usted, no... caramba! (Taconeando.)

MERC. No taconees tan fuerte,
que vas á torcer, muchacha,
ese zapato tan negro.
que cubre media tan blanca!

ENR. De veras, estoy bonita?
MERC. Mucho!
ENR. Cuando Eduardo salga
conmigo á la Vicaría
vendrá muy contento?
MERC. Calla!
Sois el uno para el otro
pareja que... ni pintada!
Dios os haga tan felices
como yo...
ENR. Que Dios lo haga!
El es bueno y yo soy buena.
MERC. Mucho le quieres!
ENR. (Con pasión.) El alma
daría, madre, por él
sin sentirla ni llorarla!
(Cambiando de tono y muy natural.)
Soñé con esto ayer tarde!
MERC. Y cuál fué tu sueño? habla.
ENR. (Después de una lijera pausa.)
Cuando acabé mis costuras
cansada, y con alegría,
y ya las luces del día
iban tornándose oscuras,
aunque, hoy, aromas no emana
porque se encuentra marchito,
junto á mi rosal, chiquito,
me senté, de mi ventana:
Bajo el rosal, sin igual,
soñaba, madre, dormida,
y una rosa desprendida
besé yo de aquel rosal!
Besa!!... me dijo un acento,
que en un beso se dá un alma!
y yo la besé con calma
y fuí feliz un momento!
pero sentí, aunque soñaba,
decir á un eco también:
Un *relámpago* es el *bien:*
truena el *mal*, y el *bien* acaba!
De pronto, nublóse el día:
las rosas se marchitaron;

de mi lado se alejaron
con lenta y triste agonía:
sobre mi cuerpo angustiado,
presa ya de un paroxismo,
negro como horrible abismo
un insecto cruzó alado!
«Despierta!» dijo al pasar,
y aprenderás que es vivir,
entre el placer del dormir
y el dolor del despertar!
A la realidad torné
cuando el sueño huyó de mí,
y madre, tan solo ví,
cuando la verdad miré,
perdido su color grana,
por tristezas infinitas,
dos hojas secas, marchitas
del rosal de mi ventana!

MERC. Ya ves, hija, cuán fugaz
es el bien.

ENR. (Volviendo á recobrar alegría.)
Pues no me embarga
tristeza por lo soñado,
ni el soñar me importa nada,
que al fin, madre, el sueño huye,
y el mal del sueño se acaba.

MERC. Bendita seas, hija mía,
y bien tus contentos hayan!

ENR. Madre, hablemos de otra cosa.

MERC. De lo que tú quieras habla.

ENR. (Con muchisimo temor, porque intenta descubrir el secreto de su vida.)
Quisiera... (Pausa.)

MERC. Qué?

ENR. (No me atrevo!)

MERC. Vamos, estás embobada.

ENR. (Decidida.)
En este papel confío.
(Sacando una carta del bolsillo de la bata.)
Oiga usted, madre!

MERC. Qué? Acaba!

EDUARD. (Dentro y muy alegre.)

Madre!

ENR. (Al oir la voz de Eduardo, guarda precipitadamente la carta y dice muy turbada y muy rápido.)
Eduardo! luego!... luego!

MERC. Más qué agitación? Qué pasa.

ENR. (Con mucha agitación en todas las frases, hasta la salida de Eduardo.)
Un beso, madre, que borre
la tinta tan viva y grana
que habrá teñido mi rostro!

MERC. Verdad: estás colorada!

ENR. Madre, un beso!

MERC. Vamos, tonta:
toma. Jesús, qué muchacha!
(Dá un beso fuerte á Enriqueta, en el mismo momento en que Eduardo se presenta en la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

DICHAS. — EDUARDO.

(Toda esta escena del estudio es muy cómica, muy movida y muy alegre.)

EDUARD. Gran beso! Bravo: me alegra.

ENR. Eduardo!

EDUARD. Es raro, á fé mía!
beso con tanta alegría
en los labios de una suegra!

MERC. De veras?

EDUARD. (Pasando á colocarse en medio de las dos, y besando una mano á su madre.)
Madre querida!
(Reparando en Enriqueta.)
Enriqueta: estás muy mona!

ENR. Burlón!...

EDUARD. Mi fé te lo abona.

MERC. Almuerzas?

EDUARD. Digo!... En seguida!
Y Lolilla?

MERC. Digo... digo!

ENR. Componiéndose... que salta.

EDUARD. No sé; pero algo me falta
cuando no almuerza conmigo,
Si almuerzo, pronto ha de ser.

MERC. Voy al punto.

(Sale Mercedes por la primera, izquierda.)

ESCENA V.

ENRIQUETA.—EDUARDO.

EDUARD. Hay que andar vivo!

ENR. Y de tal prisa el motivo,
dime, se puede saber?

EDUARD. Celos?

ENR. Yo?

EDUARD. Vamos!

ENR. Qué afán!
Y aunque ..

EDUARD. Diré lo que pasa.
Pues hay que acabar la casa
del señorito Román.

ENR. (Al oir el nombre de Román, hace la exclamación que sigue, después trata de serenarse y dice, afectando tranquilidad.)
(Ah!) Falta mucho?

EDUARD. No: nada.
algo solo del dorado
y el escudo ya empezado
que corona la fachada.

ENR. Ten cuidado!

EDUARD. No me apuro.

ENR. A veces...

EDUARD. Temores vanos!
Tengo yo muy buenas manos
y el andamio está seguro.

ENR. Y hay tanta prisa?

EDUARD. Infinita!

ENR. Mas por qué?

EDUARD. Me hablas en broma?
Pues no sabes que hoy se toma
de dichos la señorita!

ENR. De veras? como los dos?
EDUARD. Lo mismo en su casa pasa.
Es feliz porque se casa:
como yo!
ENR. (Bendito Dios!)
EDUARD. Hay allí tal movimiento!...
más de lo que yo quisiera:
ni por dentro ni por fuera
hay quien descanse un momento.
Adornos!... Ricos tapices!...
Alfombras!... Muebles sin par!
Hija... Qué se yo! .. La mar!
ENR. (Preocupada)
Vaya si serán felices!
EDUARD. Eso, lo dudo: me ciño
á mi duda, y bien infiero,
porque hay allí más dinero,
pero hay aquí más cariño!
ENR. (Con coquetería.)
Estás seguro?
EDUARD. A mi ver,
verdades digo sinceras...
A no ser que tú me quieras
un poco menos que ayer.
ENR. (Con enfado.)
Jesús!. . En irme no tardo!...
(Va á marcharse y Eduardo la detiene cojiéndola de una mano.)
EDUARD. No: ven: mi amor te sujeta.
(Con pasión.)
Me quieres mucho, Enriqueta?
ENR. (Con un arranque del corazón.)
Que si yo te quiero, Eduardo?
(Ligera pausa.)
Con tu amor, de horrible cruz,
pasé, en éxtasis eterno,
de las noches del infierno
á los cielos de la luz.
Que si te amo con locura?
No lo dudes, vida mía!
Horizontes de alegría
y horizontes de ventura,

hacen arder con pasión
dos fuegos en un momento:
el uno en mi pensamiento
y el otro en mi corazón!
(Creciendo en expresión hasta el final de la escena.)

EDUARD. Enriqueta!

ENR. Tú el primero
reinaste aquí. (Por el corazón.)

EDUARD. Yo?

ENR. Y es más:
que el último tú serás!
Lo quieres así?

EDUARD. (Loco de amor.)
Yo quiero
de amor mi sér embriagado,
ofrecerte decidido,
lo que tú no hayas pedido,
lo que tú no hayas soñado!
Tal vale tu amor, si es cierto,
que por poderlo pagar,
quisiera en perlas cambiar
las arenas del desierto,
y en oro trocar ufano
de amor el pecho sediento,
el azul del firmamento
y el azul del Occeano!
Mi cariño en su crisol
anhela en afán profundo...
darte por trono este mundo,
y por corona ese sol!

ESCENA VI.

DICHOS.—MERCEDES, que trae dos platos con lo que indica el diálogo,

MERC. Con que vamos á almorzar?

EDUARD. No tengo tiempo.

MERC. Y á dieta?...

EDUARD. Vamos, almuerza, Enriqueta.

ENR. No quiero.

MERC. (Muy cómico y con mucha intención.)
A qué has de invitar?
Hoy está en sus emociones,
por comprensibles caprichos,
solo almuerza y come *dichos*
y cena *amonestaciones.*

EDUARD. (A su madre, también muy cómico y con mucha intención.)
Usted, si tiene memoria,
puede decir...

MERC. (Comprendiéndolo.)
Vamos, quita!

EDUARD. Si esa comida exquisita
no suele saber á gloria!

MERC. Pero algo siquiera, al fin...

EDUARD. Muy poco y en un momento:
me olvido con el contento...
(Reparando en la mesa.)
Hola, hola!... Gran festín!
Huevos y pescado frito,
un trozo de lomo asado...
uvas... queso...

MERC. Regalado.

EDUARD. Y café... y vino...

MERC. Exquisito!
Es un almuerzo sencillo.

EDUARD. Esto es un banquete!

MERC. Basta!

EDUARD. (De repente y muy cómico.)
A que convido á Sagasta
ó á Cánovas del Castillo!

MERC. Siempre ese humor!

EDUARD. Penas lejos.
Los convido, está hecho el trato!
(Después de una pausa.)
Más para ellos falta un plato...

MERC. Cuál?

EDUARD. (Con intención.)
El puré de cangrejos!

MERC. A tí te gusta?

EDUARD. (Muy rápido.)

Jamás!
Esa es pregunta escusada:
á mí no me dé usté nada
que ande, madre, para atrás!
No almuerzo: de café un poco.
(Toma uno ó dos sorbos de café.)

MERC. Ya acabaste?

EDUARD. Me precisa.
Tengo que irme más aprisa
que se signa un cura loco!
(Colocándose en medio de las dos y dirigiéndose á su madre.)
Venga un abrazo. Conviene?

MERC. Hijo! (Abrazándolo.)

EDUARD. Así, apriéteme usté!
(Se queda mirando á Enriqueta y dice muy cómico.)
A tí... ya te los daré
en la semana que viene!
Conque adios y haya alegría!
Nos darán, si algo no pasa,
las *siete*, aquí en *esta casa*,
las *ocho*, en la Vicaría!
(Sale por la primera derecha. Enriqueta le sigue contemplándole irse. Mercedes retira el velador al foro izquierda y queda junto á él.)

ESCENA VII.

MERCEDES.—ENRIQUETA.

MERC. Adios, vendabal furioso:
es un torbellino andando.

ENR. Siempre está alegre, contento.

MERC. No le atormentan cuidados.
(Mercedes coge algunos objetos del velador y se dirije á la izquierda.)

ENR. Siempre así!

MER. Que Dios lo quiera!

ENR. Se vá usted?

MERC. Tardaré un rato.

Tengo que hacer allá dentro
y no es cosa de dejarlo .
Conque doña novia, adios.

ENR. Hasta luego.

MERC. (Es un dechado! ..)

(Sale Mercedes, primera izquierda.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA.

(Desde que ha visto salir á Eduardo, ha quedado pensativa. Desde este momento empieza el tinte dramático del estudio.)

ENR. Desgracia inmensa y ventura!
Yo tristeza: él alegría:
en su alma la luz del día;
en mi alma la noche oscura!
Callar, es ser fementida!
Rómpanse, pues, los arcanos
y entreguen mis propias manos
el secreto de mi vida!
(Saca la carta que guardó antes.)
Secreto! dolor completo
con que luchan mis ideas...
para que bueno no seas
basta que seas *Secreto*!
(Dirigiéndose á la carta.)
Fuera dudas! No hay piedad!
Hora es, sin vacilaciones,
que alumbren á estas ficciones,
auroras de la verdad!
Del mundo por la miseria
mi amor al abismo ruede,
ya que el corazón no puede
purificar la materia!
(Dirigiendose á la Vírgen que hay sobre la cómoda.)
Y si nace en sus amores
el gérmen de la agonía,
consuélalo, madre mía,

por tus benditos dolores,
que si su dicha consiste
en mi sufrimiento aquí,
(Cayendo de rodillas.)
¡manda en uno sobre mí,
los siete que tú sentiste!

ESCENA IX.

ENRIQUETA.—ROMAN, que aparece en la puerta derecha. Este personaje es cínico, excéptico, y dice toda la escena con mucha calma y sarcasmo.

ROM. (Sin pasar de la puerta.)
Por fin!
ENR. (Levantándose y retrocediendo.)
Jesús!
ROM. Qué te pasa?
ENR. Tú!
ROM. Sí: te vengo buscando.
ENR. Dios eterno, estoy soñando!
ROM. No sueñas.
ENR. Tú en esta casa!
ROM. Yo, sí; por qué tanto afán?
(Avanzando.)
Piensas con tal inquietud?...
ENR. Que en donde está la virtud,
no cabe el crímen, Román!
ROM. (Siempre con sarcasmo y frialdad.)
Crímen?
ENR. Crímen!
ROM. Desatino!
ENR. Criminal eres!
ROM. Qué idea!
ENR. De más infame ralea
que el ladrón y el asesino!
ROM. Por qué?
ENR. Lo ignoras?
ROM. Lo ignoro.
ENR. Aquellos, en conclusión,
aunque no tengan perdón,

quitan vidas ó hurtan oro,
dos cosas en que al fijarse...
(Román quiere hablar, y Enriqueta quiere hablar.)
no hables, nó: deja que arguya;
la una es mejor que concluya,
y el otro puede ganarse;
mas ni en sofisma, ni en ciencia
haber puede defensor,
para el que roba el honor
y la paz de la conciencia!

ROM. Te explicas, hija, de un modo,
que, francamente, dá grima!

ENR. De mi desgracia en la cima,
tú me lo has robado todo!
Tú! Tú!...

ROM. Porqué has de cansarte!

ENR. Infame!

ROM. Calma completa!
(Después de una pausa.)
Dime, es verdad, Enriqueta,
que vas muy pronto á casarte?

ENR. Lo sabes?

ROM. Sí, lo sé todo.

ENR. Pues...

ROM. Cesa, nada me digas.

ENR. Para que no me persigas?...

ROM. (Interrumpiéndola.)
No habrá manera, ni modo!
Porque yo tranquilo esté,
sin causarme sinsabores,
has de estar libre de amores.

ENR. (Con ironía.)
Me amas mucho?

ROM. (Friamente.) No lo sé.
(Pausa.)
Consista en lo que consista,
desde el día en que me miraste...

ENR. Primero en que me infamaste.

ROM. Yo no te pierdo de vista,
y aunque te causen ofensas,
por medios, quizá falaces,

averiguo cuanto haces
y adivino cuanto piensas!

ENR. Y hoy?...

ROM. Llegar hasta aquí afronto,
inquietando tu placer,
porque he sabido anteayer
que vas á casarte pronto.

ENR. Y qué quieres?

ROM. Vas á oirlo.
Oponerme.

ENR. Tú!... A no verlo!...
Pues yo estoy dispuesta á hacerlo.

ROM. Y yo dispuesto á impedirlo.
Prueba en verdad, y no escasa,
que en declararte no tardo,
es que al ver salir á Eduardo
he subido hasta esta casa.

ENR. (Después de una pausa.)
Qué quiere tu poco juicio,
que por tu dicha completa,
sea yo una esclava, sugeta
á la cadena del vicio?
Que agena á toda bondad,
faltando á todo deber,
no haya más ley en mi sér
que tu sola voluntad?
Erraste así al calcular,
pues el mal para evadir,
tengo aquí con qué sentir (El corazón.)
como aquí con qué pensar,
y prefiero de una vez,
sin vacilación, de lleno,
á lujo revuelto en cieno
pobreza con honradez.
De Eduardo la buena fé
sorprenderá tu falacia?
El no sabe mi desgracia,
pero yo se la diré

ROM. Tranquila?

ENR. Y será la palma
de martirios y agonías,
que no caben felonías

en amor puro del alma!

ROM. No me quieres?

ENR. Te aborrezco!

ROM. Nuestra hija!

ENR. (Con un arranque del corazón.)
Mía tan solo!
Borra su baldón y dolo,
y hasta... quererte te ofrezco!

ROM. Sacrificarías?...

ENR. Te extrañas?...

ROM. Tu amor...

ENR. Qué vale mi amor
si evitar puede un rubor
á la hija de mis entrañas! (Pausa.)
No?

ROM. No.

ENR. Nada te convence?
(Movimiento de indiferencia en Román.)
Quieres, pues, á mi entender,
que el sér á quien dí yo el sér
de su madre se avergüenze!

ROM. Vamos!...

ENR. Verdad son mis frases!

ROM. Calma, repito, completa!
Yo sólo quiero Enriqueta...

ENR. Qué, dime?

ROM. Que no te cases.

ENR. Cruel!

ROM. Yo aguardo
que Eduardo, tal vez...

ENR. Concibo...
Por si no quiere, le escribo.
Oye lo que escribo á Eduardo:
(Pausa, y lee la carta que ha sacado.)
«De pasión y de amor locas
»unidas al fin se vieron,
»y tomé de vida tocas
»en dos besos, de dos bocas
»que al besarse se fundieron!

»Apenas vida de engaños
»pude ver, murió mi padre,
»y entre espinas y entre daños
»viví, Eduardo, quince años
»sola, sola con mi madre!

»De inocente á impura el trecho
»crucé de horrible manera,
»que con traición en su pecho,
»no faltó, quien en acecho
»de mi inocencia estuviera!

»Resistiendo y esperando
»pasé mi tiempo mejor,
»mas una noche velando
»ví á mi madre, agonizando
»en su lecho de dolor.

»Llegó el alba enrojecida;
»dos hombres, por triste suerte,
»llegaron á mi guarida,
»y uno recetó su vida!
»y otro recetó mi muerte!

»Salió la ciencia, falaz
»oro dió infamia á pobreza,
»vergüenza sentí en mi faz,
»mas por mi madre, un audaz
»robó, Eduardo, mi pureza!

»Engañarte no me es dado:
»sabe claro y sin patrañas,
»que esa niña que has criado
»y por mi hermana ha pasado,
»es hija de mis entrañas!

»Hija de mi triste llanto!
»Alegría del corazón!...
»No me explico en mi quebranto
»que se quiera tanto y tanto,
»el fruto de una traición;

»y hoy menos, porque su calma
»en este mundo traidor,
»de mártir tengo la palma
»y por un amor del alma,
»del alma pierdo otro amor!

»En tu nobleza confío:
»y si dejaras de amarme,
»de tu desdén en el frio!
»Perdóname, Eduardo mío,
»si es que puedes perdonarme!»
(Después de una ligera pausa.)
Esto escribo!

ROM. Que eso escribes?
ENR. Sí.
ROM. Te falta la razón!
ENR. Como esto es abnegación
tú, Román, no lo concibes!
ROM. La mente tu sér perdió.
ENR. (Sin dirigirse á Román.)
Porque no entiende... pretende!...
(En este momento Eduardo, abre violentamente la puerta derecha, y pása en la situación que requiere el momento en medio de los dos. Lo ha oido todo.)

ESCENA X.

DICHOS.—EDUARDO.

EDUARD. (A Enriqueta.)
Déjalo: si no lo entiende;
lo entiendo, Enriqueta, yo!
ENR. Tú!...
EDUARD. Yo, que siento un ariete
que me arranca el corazón!
Yo, que....
ROM. Sin vacilación!...
EDUARD. (Interrumpiéndolo.)
No hables tú... tú... calla y vete!
ENR. Por qué has vuelto?

EDUARD. Suerte cruel!
Sarcasmo atroz de que aún dudo!
Para concluir su escudo
vine en busca de un cincel,
y él en insondable abismo
por inconcebible audacia,
labrando iba mi desgracia
con el cincel del cinismo.
(Movimiento de Román.)
No hables, sé que altivo estás,
y aunque mi mente se ofusca,
en una frase que busca
mi afán, sé que me dirás,
que de vana suerte en pos
el mundo en necia jactancia,
establece gran distancia
entre el vivir de los dos.
En hora buena! gozad
en los dorados salones
de mentira, de ficciones
y de orgullo y vanidad!
pero con su fe sencilla
deja en eterna quietud
el reposo y la virtud
de la modesta boardilla,
ó teme que el pobre un día
con luz que en su alma se encienda,
se despoje de la venda
que le ata la felonía,
y en álas de la esperanza
mida, con medida triste,
la diferencia que existe
entre el trabajo y la holganza!
que quizá entónce en su afán
sin cuidados tan prolijos,
lleve más pronto á sus hijos
algún pedazo de pan!

ROM. Pronto, sal.

ENR. Eduardo, calma!

EDUARD. Oh! por profundos arcanos
voy á estrujar con mis manos
las infamias de tu alma!

ROM. No tiemblo ante tu presencia!
EDUAED. Sal!
ROM. Sin susto! Voy...
(Después de mirar despreciativamente á Eduardo y Enriqueta, sale.)
ENR. Salió.
EDUARD. Ve, si no te asusto yo,
te asustará tu conciencia!

ESCENA X.

EDUARDO.—ENRIQUETA.

ENR. Y así se marcha... A no verlo!...
EDUARD. Sale de aquí sin matarlo.
porque no puedo pensarlo
y no acabo de creerlo!
Te extrañas, porque salió
ileso? Infame! Cruel!
Si en vez de matarle á él
estoy por matarme yo!
ENR. La muerte á mí!
EDUARD. Pensar loco!
ENR. Al menos no sufriría!
EDUARD. Yo tu inocencia quería;
la vida me importa poco,
que al nacer, brisas insanas
por do quiera respiramos,
y al morir, abandonamos
estas miserias humanas!
Tus ideas no te eximen
de delitos agravantes...
Se deja de existir, antes
de llevar á cabo el crímen!
ENR. Tal dices?
EDUARD. Sí: digo tal.
ENR. No lo digas: loca estoy!
Que criminal, dices, soy?
EDUARD. Sí, Enriqueta, criminal!
El mundo te exige, y yo,
morir buena y pura siendo!...

ENR. Morir una, lo comprendo!
Matar á su madre, no!!
Porque es fuerza que así juntes,
amor y ódio tan profundo?

EDUARD. Eso, pregúntalo al mundo,
á mí no me lo preguntes!
Al destino que en su ira,
sin que nada el mal acalle,
nos arrojó en este valle
de miserias y mentira!
(Después de una ligera pausa, dice muy rápido y como asaltado por una idea.)
Si con bendición de arriba
y fé en mí, noble y sincera,
efectuado se hubiera
el lazo que á unirnos iba,
mañana, por gran dolor,
aunque, á los necios desprecio,
al desprecio de algún necio
me hubiera hecho acreedor.
No, Enriqueta! Aunque me pasmo
con este amor que sentí,
no quiero ver sobre mí
desprecio, burla y sarcasmo,
que quiero, con alegría,
si alguien me llega á ofender
pedazos poder hacer
al que ultraje la honra mía!
Y con derecho y razón
hirviendo sangre en mi pecho,
con razón y con derecho
estrujar su corazón! (Pausa.)

ENR. Todo inútil!

EDUARD. Todo! Sí.

ENR. Será...

EDUARD. De dolor esencia
para el mundo indiferencia,
aunque muerte para mí!

ENR. Basta: aun resta una verdad
que me devuelva quietud.

EDUARD. Cual?

ENR. La más pura virtud

de todas. La Caridad!
Ante ella mi sér hoy postro
porque cubra en ansia loca,
la pureza de su toca
la vergüenza de mi rostro!
Voy á existir, sin patrañas,
porque no te martiricen,
junto á enfermos que agonicen
con la hija de mis entrañas!

EDUARD. (Al oir que va á separarse de la niña.)
La niña... tu hija!...

ENR. Sí.

EDUARD. (En el colmo del dolor.)
No; Enriqueta, no, por Dios!
Tú de tus culpas en pos:
mas la niña, junto á mí
déjala! Mi alma es el nido
en que ha de tomar aliento,
y con fuego que aquí siento, (El corazón.)
que me la dejes, te pido,
por esta pobre razón!
Por ese Dios invisible!
Por este amor imposible
que embarga mi corazón!
Por la sombra, por la luz!
Por el afán con que insisto...
Por la espiración de Cristo
en el árbol de la cruz!

ENR. No.

EDUARD. Que no?

ENR. No, y bien arguyo.

EDUARD. Más humana te creía!...

ENR. Cómo la deshonra mía
ha de ser consuelo tuyo!
No, Eduardo, no: aunque te aflija,
pide, pues tienes derecho,
los latidos de tu pecho!
mas no me pidas mi hija!

EDUARD. Tu hija!...

ENR. Mi gloria!... Mi edén!...

EDUARD. Tú... (Enriqueta quiere hablar y Eduardo la interrumpe.)

Déjame que concluya,
y dime: si es hija tuya,
no es hija mía también?
(Otro movimiento de extrañeza en Enriqueta.)
Yo, á la niña que arrancar
quieres hoy, con mi existir,
yo la he enseñado á reir,
yo la he enseñado á rezar!
Yo, entre peligros y agravios
á la muerte y sus antojos,
he dado luz á sus ojos
con los besos de mis lábios!
Yo, Enriqueta, en más de un día
de contentos ó de horrores,
por la vida de Dolores
hubiera dado la mía!
Con que ve si ese tu edén,
si esa niña que te pido,
aunque tú la has concebido,
no es hija mía también?

ENR. (Presa de dolor inmenso, cae en una butaca que debe haber á la derecha.)
Ah!

EDUARD. (Al verla caer corre á ella.)
Enriqueta!

ENR. (A media voz.)
No me quieras!
Déjame morir en calma!
(Cae en un profundo letargo.)

EDUARD. Enriqueta de mi alma,
no me dejes, no te mueras,
que si entre inícuos rigores
así tu vida se va,
qué de mi madre será?
Qué será de tu Dolores?
Vuelve... mi ansiedad lo quiere,
vuelve en tí, y el bien en pos...
Enriqueta!.. Justo Dios!
Es que se muere? Se muere?...
(Con arranque del alma.)
Libertad que al bien inclinas!
Volcanes mil que abrís grietas!

Hilo que al rayo sugetas!
Ciencia que al mundo dominas!
Emplead juntos el poder
y arrancad, por ser mi suerte,
á las garras de la muerte
la vida de esta mujer,
aunque el fuego, si es eterno,
que en vida su sér encienda,
con Satanás se desprenda
de las llamas del infierno!
(Pausa. La mira: no sabe qué hacer, y grita.)
Madre!

ESCENA XI.

DICHOS.—MERCEDES.

MERC. Hijo!
(Mercedes sale sin precipitación, porque lo ha oido todo.)
EDUARD. Si en algo crée...
MERC. Eduardo!
EDUARD. Allí, que se muere.
(Al final del parlamento anterior, ha quedado en la izquierda, y en este momento llega Mercedes á donde está Enriqueta desmayada.)
El mundo, el mundo lo quiere!...
Madre... yo ..
MERC. Todo lo sé.
EDUARD. (Con mucha ansiedad.)
Respira?
MERC. Sí.
EDUARD. Por favor!
Va á morir? Verdad en suma!
MERC. No, Eduardo; sólo la abruma
el peso de su dolor!
EDUARD. Qué hacer?
MERC. Depende de tí
Piensa.
EDUARD. Pensar? Ni un momento!
Si ya aquí no hay pensamiento,
si sólo hay sombras aquí!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—DOLORES.

DOL. Enriqueta!
(Al verla desmayada se acerca á ella, diciendo.)
Ay! ..
EDUAD. (Más desdichas no aguardo!)
DOL. Qué tiene?
MERC. Nada
DOL. A cuidarla...
Eduardo, ven á salvarla
que tú la salvas, Eduardo.
(Estos dos versos anteriores con muchá inocencia y naturalidad.)
EDUARD. Yo!!
DOL. Sí.
EDUARD. (No hay más que sufrir!)
MERC. (Que habrá pasado á la derecha de Eduardo.)
Hijo!
EDUARD. Morir mi afán quiere!)
DOL. Y mira que si se muere
tambien me voy á morir!
EDUARD. (Corriendo á la niña.)
Tú, no! Señor ya concibo
que has hecho, por mi consuelo,
bajar á este ángel del cielo
y en mis brazos lo recibo,
Dolores!. .. Madre! Enriqueta,
unios á mí en tierno lazo
y deme un estrecho abrazo
calma, si puede, completa.
Juntos! paz á mi conciencia!...
MERC. Hijo!...
EDUARD. Madre! no te asombre;
daré á Enriqueta mi nombre
y á la niña mi existencia!
que así tendré, aunque no cuadre
al mundo, *Fé* en tí y bonanza,
en la niña mi *Esperanza*
y *Caridad* con la madre!...

El mundo por ley artera
mal juzgará.
(Movimiento de querer hablar en Mercedes.)
Yo me fundo!
Me importa poco del mundo!
Diga el mundo lo que quiera!!

FIN DEL ESTUDIO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA. *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.